

DOLLY, asomándose.

Ya se ven de aquí los espumarajos.

EL CONDE

¿Y esto no te da miedo? ¡Si te cayeras...!

DOLLY

Llegaría al mar en pedacitos así.

NELL, cariñosa.

Por Dios, hermana, no te acerques al abismo.

EL CONDE

Dolly, no hagas tonterías... Una tarde, siendo Rafael niño, quiso descender por esta escarpa... Al primer salto que dió, ya no podía bajar ni subir. ¡Qué susto pasó su madre! ¡Nos costó un trabajo subirle!

DOLLY

¡Qué trance!...

NELL

De pensarlo, me da escalofríos.

DOLLY

Dicen que nuestra abuelita era muy hermosa... (Se sientan las dos junto al Conde.)

EL CONDE

Sí: la figura más arrogante y noble que podríais imaginar.

DOLLY

Y que Nell se le parece mucho.

EL CONDE, mirando á Nell.

No sé... no veo bien las facciones de tu hermana.

NELL

Por el retrato que hay en casa, más se parece á Dolly que á mí.

DOLLY

¡Si fuera verdad! ¡Qué gusto parecerse á una señora tan santa y tan... bonita! Abuelo, mírame bien, y haz memoria.

EL CONDE

Dime que haga vista.

DOLLY

¿Me parezco?

EL CONDE, confuso, mirándola de cerca.

No sé... No veo...

NELL, que se ha levantado para sentarse en mejor sitio, junto á la roca.

Eso no puede decirlo más que el abuelo.

DOLLY

Eso no puede decirlo más que el abuelo.

EL CONDE, sobrecogido por la igualdad del timbre de las voces.

¿Quién habla?

LAS DOS

Yo.

EL ECO, repitiendo la voz de Nell.

Yo.

EL CONDE

Ese *yo* me ha sonado como si lo pronunciara mi pobre Adelaida, vuestra abuela.

NELL, riendo.

Es el eco, papá. (Gritando.) Conde de Albrit, soy yo.

DOLLY, que corre junto á su hermana y grita.

Soy yo... yo... (El eco repite la voz de entrambas.)

EL CONDE, tembloroso, profundamente excitado.

Venid aquí... No os apartéis de mi lado... No hagáis hablar al eco... Me asusta.

DOLLY

¿De veras?

NELL

No creas, á mí también me asusta un poquitín.

EL CONDE, para sí.

¡Confusión horrible!... «Soy yo», dice la Naturaleza... ¿Y quién eres tú?... (Reflexionando.) ¿Será Nell la mala?... ¿será Dolly? (Se clava los dedos en el cráneo, y permanece un rato en actitud de meditación ó somnolencia. Un trueno retumba, con formidable sucesión de sonidos pavorosos.)

DOLLY

¡Jesús, qué miedo!

NELL

¡María Santísima!

EL CONDE, vivamente, creyendo hallar un dato.

¿Cuál de la dos se asusta de los truenos?

NELL

Yo.

DOLLY

Y yo... pero me hago la valiente. No me rinde un poco de ruido.

EL CONDE, para sí.

Carácter entero.

NELL

Yo no finjo, yo no disimulo la falta de valor. Digo lo que siento. Cualidad de la familia, como decía papá.

EL CONDE

Es cierto... Ven acá, que yo te bese.

DOLLY

¿Y á mí no?

EL CONDE

También á ti. (Las besa y abraza.)

NELL, con efusión.

Abuelo del alma, las niñas de Albrit te adoran.

EL CONDE, asustado.

Por Dios, no gritéis, no hagáis hablar al eco....
Me espanta... no lo puedo remediar.

DOLLY

¿Y los truenos, no te impresionan? (Retumba otro.)

EL CONDE

Los truenos, no; el eco, sí. La tempestad corre hacia el Este.

NELL

Hay una clara. ¿Quieres que nos vayamos?

EL CONDE, levantándose.

Sí... La gruta me confunde más de lo que estoy... Estas rocas son mi propio cerebro... Siendo el eco aquí, como si mis ideas hablasen solas.

DOLLY

Ahora no llueve. Aprovechemos esta clara, y vámonos. En cinco minutos llegaremos á las primeras casas; y si el aguacero se repite, nos metemos en la casucha de la tía Marqueza.

NELL

Bien pensado. Y con cualquiera de los chicos mandamos un recado á la Pardina.

EL CONDE

Sí, vamos... Llevadme. (Salen de la gruta.)

ESCENA IX

Casa pobre de campo, de un solo piso, de una sola puerta, con dos ventanuchos tuertos. Sale el humo en bocanadas por entre las tejas musgosas, que en sus juntas y en las jorobas del caballete ostentan un jardín botánico en miniatura, colección lindísima de criptógamas y plantas parásitas. Junto á la casa, un huerto mal cercado de pedruscos, con un albrichigo desgarbado, un madroño copudo, varios girasoles con sus caras amarillas, atónitos ante la lumbrera del sol, y unas cuantas coles agujereadas por los gusanos. La fauna consiste en un cerdo libre, que hociquea en el charco formado por la lluvia; dos patos, gallinas, y todos los caracoles y babosas que se quieren poner. Las moscas, huyendo de la lluvia, han querido refugiarse en el interior de la casa, y como el humo las expulsa, voltejean en la puerta sin saber si entrar ó salir.

Agréganse á la fauna niño y niña, descalzos y con la menor ropa posible, y una vieja corpulentísima, mujer de excepcional naturaleza; nacida para poblar el mundo de gastadores, y que por su musculatura, en cierto modo grandiosa, parece prima hermana de la Sibila de Cumas, obra de Miguel Ángel.

LA MARQUEZA, EL CONDE, NELL y DOLLY;
los dos NIÑOS

LA MARQUEZA

Mira, Gilillo, ¿no es aquél el señor Conde con sus nenas?

NIÑO

Sí que son... madre, ellos... *Cá* vienen.

LA MARQUEZA, adelantándose á recibirles.

Señor mi Conde, Dios le guarde. ¡Quién pensara verle más!... ¿Quiere descansar?

NELL

Sí: descansaremos un rato.

DOLLY

No llueve. Madre Marqueza, sáquenos el banquito.

EL CONDE, muy complacido, mientras la anciana le besa la mano.

Gracias, mujer... ¿Era tu marido Zacarías Márquez?

LA MARQUEZA

¡Ay, señor... no me haga llorar recordándomelo!... Hace dos meses que me le quitó Dios...

EL CONDE

Era más viejo que yo, mucho más. Buen hombre, recio como ninguno para el trabajo, y honrado á carta cabal.

LA MARQUEZA

Vea, señor, á qué pobreza hemos llegado desde el tiempo de usía... Entonces teníamos hacienda, ganado, y Zacarías traía napoleones á casa.

EL CONDE

¡Ay! desde aquel tiempo ha dado muchas vueltas y sacudidas el mundo, y se han caído algu-

nas torres. Otros conozco yo que eran más ricos que tú, mucho más, y ahora son pobres, más pobres que tú... Y tus hijos, ¿qué ha sido de ellos? Yo recuerdo unos mocetones como castillos...

LA MARQUEZA

En la América están dos... Dicen que ricachones. Los demás se han muerto. Para mí, muertos todos... Pasó la nube, señor, y se llevó lo bueno, dejándome á mi para rociarlo con mis lágrimas. Estas criaturas son de mi hija la Fácunda, que enviudó por San Roque, y en las minas trabaja como una mula. Vivimos en miseria. Dispéñeme, señor mi Conde; pero no tengo nada que ofrecerle.

EL CONDE

Gracias. Yo tampoco puedo darte más que palabras tristes... el tesoro del pobre. Estamos iguales.

NELL

Marqueza, yo te voy á traer ropita para tus nietas.

DOLLY

Y yo los cuartitos que tengo ahorrados, para que tú les compres lo que quieras. (Se van á jugar con los chicos junto á unos troncos.)

LA MARQUEZA

Bendígalas Dios... ¡Qué par de pimpollos tiene aquí el buen Conde! Da gloria verlas tan reguapas, tan bien apañaditas... ¡Ay, qué vieja soy, y

cuánto he visto en este mundo! El día en que nació el señor Condesito Rafael, padre de estas niñas, estábamos mi hermana y yo en la Pardina. Las dos le planchábamos á la señora Condesa. Usía no se acordará...

EL CONDE

Mi memoria flaquea. ¿Y tú te acuerdas de mi hijo?

LA MARQUEZA

Como si lo tuviera delante. Ya sé que está gozando de Dios.

EL CONDE

Dime una cosa: ¿se parecen á él mis nietas?

LA MARQUEZA, mirándolas detenidamente.

Se parece la señorita *Nela*. Es la misma cara.

EL CONDE

¿Y su hermana?

LA MARQUEZA

La señorita *Dola* no... digo, sí, también tiene la pinta, pero cuando se ríe, nada más que cuando se ríe.

EL CONDE, secamente.

Rafael era muy serio...

LA MARQUEZA

¡Y qué galán! Tan caballero y respetoso que toda Jerusa se quitaba el sombrero cuando pa-

saba, y hasta la torre de la iglesia parecía como si le hiciera la reverencia.

EL CONDE, que mira y no ve, impaciente.

Dime, Marqueza, ¿qué hacen ahora las niñas? Oigo sus risotadas; pero no las veo.

LA MARQUEZA

Juegan con mis chicos... ¡Qué bonicas son, y qué afables con el pobre! La señorita *Nela* quiere bailar con mi Narda, y la señorita *Dola* y mi Gil están ahora cogiendo moras. Las niñas de la Pardina llevan la alegría por donde quiera que van. ¡Ay, si el señor las hubiera visto aquí, esta primavera, cuando venían á pintar...!

EL CONDE, sorprendido.

¡Á pintar!... ¿Acaso mis nietas son pintoras?

LA MARQUEZA

Anda, anda... ¿Pues no sabe...? Si pintan como los serafines. Pues en un librote grande retrataron toda esta casa, y á mí mesma... y hasta el guarro, con perdón, hasta el guarro, tan parecido, que era él en persona.

EL CONDE, excitadísimo, llamando.

Nell, Nell... Ven acá, hija. (Se acerca.) Oye lo que dice la Marqueza... (Ésta repite lo del guarro.)

NELL

Yo, no. Es Dolly la que dibuja y hace acuarelititas...

EL CONDE, llamando.

Dolly... ven... ¿Es verdad esto, Dolly?... (Acércase ésta, sofocada.) ¡Qué callado te lo tenías! ¡Tú pintora!

DOLLY, con modestia.

Me dió por hacer monigotes. Aquí veníamos algunas mañanas, por ser éste el sitio más bonito de los alrededores de Jerusa.

NELL, que quiere congraciarse con Dolly.

Tiene un álbum lleno de apuntes preciosos.

DOLLY

No valen nada, abuelito.

NELL

Di que sí. Pinta y dibuja... ¡Si tuviera fundamento, qué preciosidades haría!

DOLLY

Quita, quita.

EL CONDE, con profundo interés.

¿Quién te ha dado lecciones?

DOLLY

Nadie: lo que sé lo he aprendido yo solita, mirando las cosas. Me gusta, eso sí, y cuando me pongo á ello no sé acabar.

LA MARQUEZA

Unos señores que vinieron acá una tarde... eran de Madrid, y traían unas cajas con tre-

bejos y cartuchitos de pintura... vieron lo que hacía la señorita Dola, y se pasmaron...

DOLLY, ruborizada.

No hagas caso, papá.

NELL

Y dijeron que esta chica, si estudiara, sería una gran artista... sí que lo dijeron. No vengas ahora con farsas.

EL CONDE, con gran agitación, que procura disimular.

¡Eres pintora, Dolly... y te avergüenzas de serlo! Dime, ¿sientes una afición honda, un gusto intenso de la pintura? ¿Te sale del fondo del alma el anhelo de reproducir lo que ves? ¿Ayúdante los ojos y la mano, y encuentras facilidad para dar satisfacción á tu deseo?

DOLLY

Facilidad, sí... digo, no... Me gusta... Quiero, y á veces no puedo...

EL CONDE

¿Y hace tiempo que sientes en ti ese ardor, esa fiebre del arte, don concedido á la criatura desde el nacer, que no se aprende, que se trae de otro mundo, de...?

DOLLY

Me entró la afición... qué sé yo cuándo.

NELL

Desde niña hacía garabatos...

EL CONDE

Ya me acuerdo. Cinco años tenías, y me quitabas todos los lápices.

LA MARQUEZA

¡Ángel de Dios!

EL CONDE

Y tú, Nell, ¿no dibujas?

NELL

¡Soy más torpe...! No sirvo... no acierto. Me aburro.

EL CONDE, con viveza.

¡Tú eres pintora, Dolly, tú... tú!... ¡Y te avergüenzas!... Bueno, hijas, seguid jugando... Dejad aquí á los viejos que hablemos de cosas tristes. (Nell y Dolly se alejan y continúan su juego.)

LA MARQUEZA

¡Qué par de serafines! Ya puede el señor estar contento. (El Conde no contesta. Mirando al suelo se sumerge en profunda abstracción.) ¿Qué tiene, mi señor, que está tan triste?

EL CONDE, como quien vuelve de un letargo.

¡Ay, Marqueza, qué malo es vivir mucho!

LA MARQUEZA

Lleva razón. Mientras más se vive, más cosas malas se ven. Digo yo, gran señor, que los niños de pecho ya saben lo que hacen al morirse.

EL CONDE, con tristeza.

¡Y otros ¡ay! qué bien harían en no nacer!... Porque después de nacidos y crecidos, ya no hay remedio...

LA MARQUEZA

¿Y los viejos, qué tenemos que hacer aquí?

EL CONDE

Por algo estamos cuando estamos.

LA MARQUEZA

Es verdad: somos troncos, que servimos para que las plantas tiernas se agarren y vivan.

EL CONDE

Tú eres útil, Marqueza. Hoy me has hecho un gran servicio.

LA MARQUEZA

¿Yo? (Pausa larga. El Conde vuelve á quedarse abstraído, cual si su espíritu se sumergiera en abismos profundos.) Señor... ¿qué le pasa que no habla?

EL CONDE, después de otra pausa.

Has sido la Sibila que me ha revelado lo que yo quería saber. Dios me trajo á tu choza.

LA MARQUEZA, confusa.

¿Qué dice que soy?

EL CONDE

Mis horribles dudas, gracias á ti, se han trocado en triste certidumbre...

LA MARQUEZA, creyendo fundado lo que se dice del desorden mental del Señor de Jerusa.

¿Quiere que le dé un vasito de vino? Lo tengo blanco y bueno.

EL CONDE

No, gracias.

LA MARQUEZA

Lo que tiene mi Conde es debilidad.

EL CONDE

Es tristeza, y mi tristeza no se disipa bebiendo. Es muy honda. A veces el descubrimiento de la verdad nos amarga la existencia más que la duda. No sé cuál es más terrible monstruo, si la madre ó la hija, si la duda ó la verdad...

LA MARQUEZA, con espontánea filosofía, por decir algo.

No se caliente la cabeza, señor... porque ¿de cavilar, qué sacamos? El cuento de que las mentiras son verdades y las verdades mentiras. Todo es dudar, gran señor... Vivimos dudando, y dudando caemos en el hoyo.

EL CONDE, con ingenua indecisión.

¿Y qué debo hacer yo?

LA MARQUEZA

Pues dude siempre el buen padre, y hártese de dudar y de vivir... tomando las cosas como vienen, y vienen siempre dudosas.

EL CONDE

Eres la Sibila de la duda. Te agradezco tu filosofía. No sé si podré seguirla.

NELL, corriendo hacia el anciano.

Abuelo, vienen á buscarnos.

EL CONDE

Sí, es Venancio; oigo su rebuzno.

(Aparecen Venancio y un Mozo por entre un grupo de castaños.)

ESCENA X

LOS MISMOS; VENANCIO y un MOZO con paraguas y capotes.

VENANCIO

Locos buscándole, señor Conde... En cuanto vi venir el nublado, salimos... Mira por aquí, mira por allá. Nos dicen que en el bosque... nos dicen que en la playa, nos dicen que en la gruta...

EL CONDE

Es muy de agradecer tu solicitud. Nos hemos mojado poco. Las chiquillas tan contentas.

VENANCIO

Á casa. La humedad no es buena para usía. Lo ha dicho el médico.

EL CONDE, con humorismo.

Pues sí lo ha dicho el médico... boca abajo. Vamos á donde quieras. Tú mandas, Venancio.

VENANCIO

Yo no mando, señor.

EL CONDE, levantándose.

Que sí. Eres el amo, y aquí estamos todos para obedecerte...

DOLLY, displicente.

No necesitamos de tu oficiosidad, Venancio. Nada nos pasa, y sabemos volver á casa.

EL CONDE, chancero.

Ya lo ves... Te riñe esta mocosa. Chiquilla, no: hay que respetar las jerarquías... Vaya, pongámonos en marcha, conforme al deseo del señor de la Pardina... Yo te digo, Venancio, que hoy has sido muy previsor... No, no quiero capote. Supongo que será tuyo... Póntelo tú.

NELL, dando el brazo á su abuelo.

Yo contigo.

EL CONDE

Sí... y vayan delante Venancio y la pintora. Adelantaos todo lo que queráis. Esta y yo no tenemos prisa, ni hemos de perdernos. Adiós, Marquiza. Que prosperes... que vivas muchos años.

LA MARQUEZA, despidiéndoles afectuosa.

Vayan con Dios... Señorita *Nela*, señorita *Dola*, la Virgen las acompañe.

ESCENA XI

Comedor en la Pardina.

EL CONDE, NELL, DOLLY, EL CURA, EL MÉDICO, sentados á la mesa; VENANCIO y GREGORIA, que les sirven.

La cena toca á su fin. El Conde, en el sitial, á la cabecera de la mesa, tiene á su derecha á Nell; enfrente el Cura, teniendo á su derecha á Dolly. Entre las dos parejas el Médico.

EL CONDE

¿Qué secretos son esos, *pastor Curiambro*? Toda la noche picoteando con Dolly.

EL CURA, riendo.

¡Ah! son cosas nuestras. La señorita Dolly es muy simpática y ocurrente. Yo celebro infinito que el Sr. D. Rodrigo haya alterado esta noche la colocación de costumbre, y me haya cedido á una de sus nietas...

EL CONDE

Por variar. Cuando están las dos á mi lado me aturden.

EL CURA

Á mí ésta me encanta... ¡Qué pico, qué sal!

DOLLY

Como está tan desganadito, no sé cuántas cosas tengo que decirle para hacerle comer.

EL CURA, riendo.

¡Si es ella la que no come, y tengo que partirla la comida en pedacitos, y dárselos envueltos en un poco de sermón para que no me desaire!

DOLLY

Yo me como el sermón y él los pedacitos. Cada uno lo que más le aprovecha.

EL CURA, riendo más fuerte.

¿Te gustan mis sermones?

DOLLY

Sí, padre: quiero enflaquecer. (Todos ríen.)

EL CONDE, deseando volver á un tema interrumpido.

Cuando acabes de reír las gracias de Dolly, continuaremos lo que hablábamos de los monjes de Zaratán, y del Prior...

EL CURA, tragando á prisa para poder hablar.

¡Ah! sí... ahora voy...

EL CONDE, al Médico.

¿Decís que el Prior desea verme?

EL MÉDICO

Sí, señor... quiere ofrecer sus respetos á Don Rodrigo de Arista-Potestad, cuyos antecesores fundaron aquel insigne Monasterio.

EL CONDE

Y lo dotaron espléndidamente. Después vinieron años malos, la exclaustación. Siendo yo niño vi frailes en Zaratán. Desde aquel tiempo hasta hace poco, ha permanecido el edificio como un panteón en ruinas.

EL CURA

Hasta que el Conde de Laín, Diputado por Durante, gestionó que se incluyera una partida para restauración, y que volvieran los monjes...

EL MÉDICO

No ha tenido poca parte en la resurrección del Monasterio el actual Prior, hombre de gran virtud, de una actividad asombrosa, conecedor del mundo...

EL CURA

Como que es de la escuela romana... hombre de mucha sociedad, instruidísimo. Treinta y tantos años ha estado en las oficinas *De Propaganda Fide*.

EL CONDE

¿Y cómo se llama ese sujeto?

EL MÉDICO

Padre Baldomero Maroto...

EL CONDE, festivo.

Baldomero... Maroto... Pues debiera llamarse con más propiedad *El abrazo de Vergara*.